

analizada convenientemente. El indicia más leve, la asección más absurda, una palabra, un gesto cualquiera de uno de los del grupo bastaba para convertir la duda en certeza y ésta en denuncia. No había espacio ni manera de consumar un delito, por lo mismo que previstos siempre los furores de la plebe, jamás faltaba un socorro oportuno ó solicitado, ó de antemano preparado; en cambio no siempre se lograba impedir los actos de violencia, ni los soldados eran siempre bastante cautos ó prevenidos para evitarlos y aun provocarlos en ocasiones.

Un día en una calle poco concurrida, algunas mujeres de la plebe vieron á un soldado que, llevando un hatillo debajo del brazo, había penetrado precipitadamente en una casucha, en la cual, hacía un rato, una muchacha se había sentido acometida por el cólera. Bastó esto para que comenzaran á fantasear respecto del por qué habría penetrado el soldado en aquella casa. —¿No habéis visto lo que llevaba debajo del brazo?—¿No os habéis fijado en que tenía torva la faz y miraba en derredor con recelo y desconfianza?—Todas habían visto en él algo extraño y amenazador. Encamináronse, pues, hacia la casa, y se detuvieron delante de la puerta. Estaba cerrada: crecieron las sospechas. Llamaron: nadie abrió. Llamaron á voces á los de dentro: no hubo quién contestara. No quedaba duda: en aquella casa se estaba consumando un delito. Prorrumpieron en fuertes gritos, golpearon la puerta con gran furia, arrojaron piedras á las ventanas, en menos tiempo del que se necesita para decirlo la calle estuvo llena de gente armada de palos, de hachas y de cuchillos: fué derribada la puerta y la gente se precipitó dentro de la casa. De pronto se abre de par en par una de las ventanas del primer piso: un hombre en mangas de camisa se monta sobre el antepecho, lanza un grito agudísimo, salta á la calle, cae, se levanta — ¡hay un soldado que envenena! — aúlla con aterrorizada voz á la gente que se agrupa en de-

redor, ábrese paso, corre que vuela, desaparece. Era el mismísimo soldado, que había entrado poco antes para entregar á la lavandera un lío de ropa de su sargento.

Al cabo de algunos días aconteció una cosa parecida á un asistente que desde el restaurant llevaba la comida á su señorito, que estaba enfermo. En una de sus manos tenía un frasco de medicina: con la otra sujetaba las cuatro puntas de una servilleta que contenía los platos. Atravesaba una callejuela habitada por gente pobre. Todos le observaban atentamente, alguno le seguía á cierta distancia, cuatro ó cinco mujeres, poniéndosele delante, le detuvieron y le preguntaron resueltamente qué era lo que contenían aquellos platos. Tuvo la mala inspiración de contestar con una impertinencia, y no se necesitó más para que, en menos que canta un gallo, platos, frasco, servilleta fueran hechos añicos y pisoteados por la gentuza que, como por arte de encantamiento salió de todos los tenduchos de aquellas casas. En cuanto al soldado, á duras penas logró abrirse paso echando mano á la bayoneta, y pudo darse por muy contento de haber salvado la pelleja, bien que con un arañazo en el rostro y una pedrada en la espalda.

Otro día, pasando tres soldados cerca de un grupo de casas de los alrededores de la ciudad, detúvose uno de ellos á contemplar á un chiquillo que con las manos estaba abriendo un hoyuelo, é inclinándose y haciéndole una caricia le dijo: —Hola, pequeñín.—Viólo una mujer que se hallaba á corta distancia, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, lanzóse á la puerta de una de dichas casas, y comenzó á gritar con todas sus fuerzas:— ¡Que los soldados matan á tu hijo! —Sonó en el interior un grito agudo, apareció al propio tiempo otra mujer junto al dintel, vió á los soldados, lanzóse arrojando otro grito aterrador sobre el niño, estrechóle en sus brazos, volvió á su casa con la rapidez del rayo, cerró la puerta, asomóse á la ventana, jadeante, convulsa, con los ojos fuera

de las órbitas y el rostro demudado y cubierto de mortal palidez clavó en los soldados sus miradas y después, acompañando la palabra con gestos y amenazas cual si pretendiera arrojar una piedra, exclamó con ronca voz que la ira sofocaba: — ¡Malditos seáis!— y se retiró. Los soldados permanecían allí como si vieran visiones y sin darse cuenta de lo que aquello significaba. Pero la mujer que diera el primer grito de alarma había corrido á buscar gente, y como vieron que ésta llegaba, tuvieron por muy prudente poner pies en polvorosa, y lo acertaron, pues no habían dado cincuenta pasos y delante de la casa hallábase reunida furiosa multitud de gente provista de armas de diferentes clases.

Una noche, un grupo de campesinos que andaba á caza de envenenadores fuera de poblado, descubrió á un soldado. Verle y echar tras él en su persecución, obra fué de un solo instante. El pobre muchacho, mal aconsejado, dióse á la fuga; pero alcanzado y sujeto por diez manos á la vez, fué conducido á una casa solitaria, puesto de espaldas contra la pared y con amenazas de muerte fué preguntado por diez voces al par: — ¿Dónde tienes el veneno? — ¿Veneno yo? — contestó el soldado balbuceando, y blanco como un cadáver. — Yo no tengo veneno. — ¿Dónde tienes el veneno? decimos, — insistieron los otros con ademán amenazador. Y uno le quitó el kepis arrojándolo al suelo después de haberlo examinado; y otro le quitó el corbatín. — ¡Venga el veneno! — Y el que le tenía cogido por la garganta le hizo dar un testarazo contra la pared. — No tengo veneno... — contestaba el soldado con voz débil y suplicante. — Conque no tienes veneno ¿eh? Ahora lo veremos si lo tienes, vociferaban aquellos locos, y desabrochándole el capote y abriéndole la camisa, registrábanle de pies á cabeza. — Quitadle el cinturón, — dijo uno. No bien fué dicho cuando le cogieron inmediatamente por el cinturón tirándole hacia uno y otro lado á fin de quitárselo; pero por más que hacían no lograban conseguirlo, y

gritaban y blasfemaban. — ¡Oh!... — clamaba el cuitado, — no me toquéis el cinturón... dejadme!... — Al fin se lo descinaron y lo tiraron, y le obligaron á desnudarse el capote, empujándole, sacudiéndole, poniéndole los cuchillos en la garganta y acosándole á fuerza de vituperios y maldiciones. El infeliz, á quien á duras penas quedaban fuerzas para tenerse en pie, dejaba que le maltrataran sin oponer la menor resistencia, fuera de sí, con la cabeza y los brazos caídos, más muerto que vivo, murmurando de cuando en cuando con voz plañidera: — ¡Mi bayoneta... yo no tengo veneno alguno... dejadme... dadme mi uniforme... mi bayoneta! — De seguro habrían dado cuenta de él, sin la feliz circunstancia de haber sobrevenido una patrulla, que corriendo en su auxilio, dispersó á aquella turba desenfrenada en el preciso momento en que iba á asesinarle.

Y aún esto es de lo menos doloroso que aconteció; puesto que al fin y al cabo por lo que á Catania se refiere, no hubo derramamiento de sangre, no pudiendo decirse otro tanto respecto de otros pueblos. ¡Imagínese lo que en aquellos días debía pasar por el corazón de los soldados! ¿Qué pensarían, qué sentirían viéndose tan ferozmente execrados por aquellos mismos en cuyo favor sacrificaban el descanso, la salud, la existencia?

Pero el riesgo continuo de sus propias vidas y la frecuente necesidad de tener que defenderlas de las violencias de un vulgo insensato, era acaso para ellos un pensamiento menos doloroso y un cuidado menos grave que el deber á que se veían compelidos de tener que proteger las vidas de los demás ciudadanos, víctimas de las mismas violencias, y amenazados por causas idénticas. No pasaba día sin que tuvieran que desarmar y apaciguar á una turba ciega de furor y sedienta de sangre, y arrebatarse de sus manos las víctimas, casi siempre maltratadas y ensangrentadas, á veces medio muertas; en

ocasiones ya sin vida. Cuando no podía hacerse otra cosa, era indispensable luchar para apoderarse de los cadáveres, á fin de evitar que fueran mutilados y arrastrados por las calles, arrojados á los muladares ó entregados á las llamas. Les era indispensable arreglárselas uno á uno como mejor pudiera, en medio de una muchedumbre de gente armada, que les llevaba á empujones de un lado á otro, separándoles y estrechándoles de manera que en caso de necesidad difícilmente habrían podido hacer uso de las armas, y cada uno de ellos podía recibir una puñalada sin que los otros se hubiesen percatado de ello. Y con todo esto era indispensable fiarse de aquella turba furiosa, y persuadirla y suplicarla y rogarla; pues las amenazas de nada más hubieran servido que de enconar los ánimos y provocar una lucha sangrienta, como sucedió en más de una ocasión. Esto no obstante, salváronse muchas vidas, se evitó muchas veces el derramamiento de sangre, y se impidieron muchos actos de ferocidad brutal, especialmente en aquellos pueblos en que los soldados no eran mirados como envenenadores, ó en aquellos días en que ya no se les consideraba como tales,

Valga un ejemplo para todos.

En Bocca de Falco, pequeño lugar situado en las cercanías de Palermo, hacía estragos la epidemia. Corrían de boca en boca los nombres de los que se tenían por sospechosos, y sólo se esperaba una ocasión favorable para inocularles á la ira popular. En el número de éstos se hallaba un pobre buhonero que recorría el país, y cada dos ó tres días pasaba por el mencionado lugar para regresar á Palermo. Su extraña vestimenta, su rara catadura, sus ademanes bruscos, su hablar conciso y hasta su larga cabellera, eran motivos bastantes para que aquellas gentes le creyeran repartidor de veneno. Un día que el cólera había hecho más víctimas que de ordinario, recorrían los alrededores del pueblo varios grupos de mendigos armados con palos y picos, profiriendo terribles

amenazas y decididos á acabar de una vez para siempre con los envenenadores. Uno de dichos grupos se encontró con el buhonero, rodeóle sin que de ello se diera cuenta, y estrechándole, le preguntó:—¿Cuántos has despachado hoy?—Comprendió el desventurado de lo que se trataba, y creyendo salvarse echando la cosa á broma, contestó:—¡Diez!—No fué menester más. Uno de los de la banda sacudióle un porrazo en la caja en que pendiente de la espalda llevaba su hacienda, con lo cual cayeron al suelo las corbatas y demás géneros de que estaba provista, diciéndole:—Por de pronto basta con esto: ahora dínos dónde llevas el veneno con que matas á las gentes.—¿Yo?—repuso aquél, por su desgracia, sin lograr contener un movimiento de indignación.—Vosotros sois los que me matáis á mí.—¡Ah, conque somos nosotros!—gritó la amotinada muchedumbre,—pues ahora verás lo que es bueno.—Y al propio tiempo una puñada vigorosa en las barbas llenábale la boca de sangre, una mano le cogía por la garganta, otra por el pelo, caía sobre su cuerpo una verdadera lluvia de puñetazos y puntapiés, y era golpeado con tanta fuerza contra la pared, que la cabeza le chorreaba sangre.—Dínos los nombres de tus cómplices, ¡asesino!—gritaban aquéllos clavándole las uñas en el rostro y en la garganta, y oprimiéndole contra la pared con las rodillas y los bastones.—¡Confiesa!—Y los que estaban más lejos tendían los brazos para cogerlo, procuraban abrirse paso para llegarse á él y sacudirle como los demás, y gritaban todos como verdaderos energúmenos. El infeliz sangraba por boca y orejas; los ojos parecía que iban á saltársele de las órbitas; y un estertor de muerte brotaba de su pecho ¡daba horror!—¡Confiesa! ¡Confiesa!—De repente oyóse un grito agudísimo en el lado opuesto del camino; habíalo exhalado otro envenenador, á quien dieron alcance los de otra turba: los de la primera corrieron en aquella dirección; el pobre buhonero, sacando fuerzas de flaqueza, rechazó de un valiente empujón á dos

que le sujetaban, echó á correr, entró en una casa y atrancó la puerta. La muchedumbre, que vió lo sucedido, precipitóse sobre aquélla y comenzó á golpearla con piedras y con los picos. Entretanto el buhonero, más muerto que vivo, habíase refugiado en un chiribitil á plan terreno, en el cual se hallaba una mujer que desde la ventana había presenciado la escena, y que teniéndose por muerta con la simple aparición del envenenador, presa de la ira, de la rabia, de la desesperación, arrojóse sobre él como una furia, agarrólo por el cuello y dió comienzo á una lucha feroz y desesperada á bocados y arañazos. Rodaron ambos por el suelo y estrechamente cogidos y enlazados revolvíanse como dos bestias feroces, encima el uno del otro alternativamente, confundiéndose su resuello y la sangre que manaba de sus heridas. La amotinada muchedumbre introducía los brazos á través de la reja que cerraba la ventana, pugnando por asir á su víctima, profiriendo horrendas blasfemias y espantosas maldiciones; la puerta crugía y comenzaba á ceder...

—¡Los soldados! ¡Los soldados!—gritaron á la sazón varias voces.

Al cabo de un rato el buhonero pudo distinguir en la calle el rumor de pasos que se acercaban apresuradamente, y el brillo de las bayonetas al través de la ventana, y oír una voz potente que, sobreponiéndose al general tumulto, decía: —¡Pan para todos!— y disminuir los porrazos á la puerta, y retirarse de la reja los brazos de los sitiadores y suceder al tumulto un sordo murmullo. La mujer, agotadas las fuerzas, hallábase tendida en el suelo; el buhonero se había salvado.

Enterado el jefe del destacamento de lo que ocurría, había reunido aprisa y corriendo á sus soldados, ordenando que cada uno tomara su pan, y en semejante disposición corrió á atajar el tumulto con las armas de la amenaza y de la caridad. En el pueblo de que se trata, los soldados no sólo no eran tenidos por envenenadores, sino por el contrario,

muy bien vistos, y hasta queridos, en virtud de las limosnas y socorros de toda clase de que fueron siempre pródigos: por esto bastó su aparición para que la muchedumbre cediera de pronto en sus actos de violencia, y se fuera apaciguando poco á poco. De los soldados, unos penetraron en la casa evitando que en ella entrara persona alguna, en tanto que los otros permanecían al lado de aquellos míseros hambrientos que devoraban ávidamente y en silencio el pedazo de pan que se les distribuía.

De hechos como el que se acaba de narrar hubo no pocos, y se repitieron muchas veces en dicho pueblo.

Sin embargo, el trabajo más penoso, y que, como se deja comprender, más repugnaba á los soldados, era el tener que enterrar á los muertos, para cuyo menester les era indispensable revestirse de valor y resolución. Muchas veces, en las altas horas de la noche, llegaba al cuartel un enviado del municipio, manifestando haberse descubierto en tal punto ó en tal casa del pueblo uno ó más cadáveres que no había quien quisiera enterrar, y que debían ser sepultados antes de que la putrefacción hiciera imposible la sepultura. Sonaba un redoble de tambor, despertábase toda la gente, se reunía una parte de la fuerza, encendíanse las linternas, se sacaban los carros, tomábanse las palas y los picos, el oficial de guardia se ponía á la cabeza del convoy y adelante. En semejante disposición se llegaba silenciosamente al sitio indicado, á lo largo de calles solitarias y desiertas, cuyas casas estaban cerradas y sin habitantes. Tras largo trabajo y no poca fatiga, se lograba abrir las puertas, y en el mismo punto brotaba del interior un hedor insoportable que hacía retroceder á los soldados. Ánimo: delante uno con la linterna; los otros detrás marchando lentamente con la mano en las narices y dirigiendo investigadoras miradas á todos los puntos de la estancia sepulcral. Tendidos en el suelo sobre montones de paja ó de trapos,

semidesnudos ó envueltos en una sábana inmundada, yacían los cadáveres uno al lado del otro, ó revueltos en horrible montón; entumecidos los rostros, salpicados de manchas negras y amoratadas; sucios los labios y los bordes de la boca por una baba sanguinolenta; hinchados los vientres, cruzados de largas manchas azules y de verdes rayas que acusaban las venas y los intestinos; los miembros apoyados contra el suelo chafados; toda apariencia humana borrada ó perdida, y aquí y allí, á lo largo de los miembros más corrompidos, las primeras manifestaciones de una vida asquerosa. Y no había más remedio que acercarse á aquellos horrendos montones, y coger y separar unos de otros aquellos miembros podridos, y levantar uno por uno aquellos cuerpos, y llevarlos á los carros, viéndolos descomponerse y transfigurarse más espantosamente á cada paso y á cada sacudida, en tanto que iban cayendo acá y acullá, ora un trapo hediondo, ora otras manifestaciones más repugnantes de la podredumbre y de la corrupción. Era aquello cosa muy distinta que ver los muertos en el campo de batalla, tendidos sobre un lago de sangre, heridos por la metralla, ó destrozados y mutilados por las balas de cañón. En semejantes circunstancias, se oye en derredor el grito de miles de compañeros animándose al combate; se ven ondear á una y otra parte por los collados y las llanuras los batallones cuyas bayonetas fulguran heridas por los rayos del sol; se ve flotar al viento la bandera del batallón; se oye á lo lejos el pesado rodar de la artillería, y la sangre hierve, y el ánimo se exalta, y los cadáveres que se hallan al paso no se cuentan, ¡qué es contar! no se miran siquiera, no se ven, no se piensa siquiera que los haya, y si por acaso se fijan en ellos los ojos, el corazón exclama: — ¡Adiós, hermano! — y nada más, y se sigue adelante, y no se piensa más en ello. ¡Pero allí, en aquellas míseras habitaciones, de noche, en medio de aquel silencio, con aquella quietud y á la luz de aquellas linternas, cuán horrenda debía ser la imagen

de la muerte! ¡Cuántos de aquellos soldados, aún los más animosos y decididos, habrán recordado después y durante largo tiempo, la imagen de aquellos cadáveres deformes, y sentido el contacto de aquellos cráneos cayendo inertes en el interior del carro! Y con frecuencia alguno retrocedía aterrado á la vista de los muertos, ó en el momento de cogerlos temblábanle los brazos, y nublábansele los ojos. — ¡Compañero... — le habrá dicho al vecino, — no puedo! — Pero oíase siempre y á tiempo la voz del oficial, diciendo: — ¡Valor, hijos míos, todo consiste en coger el primero, es menester acostumbrarse! — Y entonces el soldado extendía tímidamente la mano sobre el cadáver apartando la vista y conteniendo la respiración. El fúnebre convoy tomaba el camino del cementerio. Llegado allí, los soldados dejaban en el suelo las linternas, y en tanto que los unos excavaban las zanjás, los otros permanecían junto á los carros, aguardando una señal para sacar de ellos los cadáveres. El oficial permanecía junto al borde de la fosa, vigilando el trabajo de sus subordinados. Todos permanecían mudos. Sólo se oían los golpes de los picos penetrando en el suelo, y el caer de la tierra echada al aire por medio de las palas. Á estos rumores se unía de cuando en cuando una voz que decía: — ¡Ánimo, muchachos! — Después se sacaban de los carros aquellos restos informes, un soldado alumbraba para que vieran los demás dónde ponían las manos, otro de pie en el carro ayudaba á los que iban sacándolos uno á uno del repugnante montón, y decía: — Éste. — Este otro, ahora. — ¡Cuidado con éste que se está cayendo en pedazos!... — A diez pasos de distancia sólo podía percibirse un tenue susurro, y de cuando en cuando una voz más firme y decidida, diciendo: — ¡Ánimo! — Ó bien: — ¡Cuidado con las manos! — Y en derredor todo silencio y tinieblas.

— Pero, ¿quisiera saber, — preguntó en cierta ocasión un soldado, regresando al cuartel, — por qué razón debemos enterrarlos nosotros? — Pues es bien claro, — contestó uno de los